

UNA COMUNIDAD EN BUSCA DE DEFINICION^(*)

Por

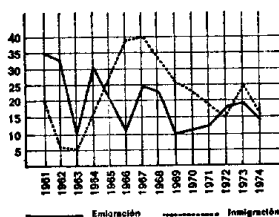
C. LISON-TOLOSANA

Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas

ENTRE 1958 y 1960 realicé trabajo de campo antropológico en una comunidad del valle medio del Ebro, en la provincia de Zaragoza y próxima a la capital. En 1966 fue publicada la monografía resultado de esa investigación con el título *Belmonte de los Caballeros* (Oxford University Press). Desde que concluí el trabajo *in situ* y hasta el presente he visitado periódicamente el pueblo; durante mis breves estancias no he podido menos de observar el rápido cambio e impresionante modernización experimentada en la comunidad, que de ser casi exclusivamente agrícola ha pasado a ser, en el último decenio, casi exclusivamente industrial. En este ensayo voy a limitarme a describir aspectos de los procesos que han tenido lugar en tan corto período de tiempo en ese pequeño núcleo aragonés que llamo Belmonte.

I

En 1960 el número de residentes era de 1.237; al final de 1975 la cifra había aumentado ligeramente ya que había 1.276 habitantes. A partir de 1961, los movimientos migratorios que tienen como escenario la localidad vienen representados en estas curvas:



* Agradezco a José C. LISON la ayuda prestada en la recogida de datos.

El total de emigrantes ha alcanzado el cuarto de millar exactamente, esto es, 250. De éstos, 219 o el 87 por 100 en números redondeados, son miembros de 56 familias nucleares que han dejado el pueblo, frente a 31 personas, o el 12 por 100 del conjunto, que han salido individualmente. El 64,5 por 100 de emigrantes en solitario lo hicieron antes de cumplir los treinta años; entre ellos predominaron las jóvenes que habían terminado Magisterio y los universitarios o alumnos de escuelas especiales. El trasiego normal de maestros y sacerdotes que actúan en la localidad y viudos ya entrados en años que son requeridos por sus familiares residentes fuera, constituyen el resto de desplazados. Es este, pues, un éxodo de carácter distinguido, en conjunto, ya que lo engrosan profesionales que no viven del campo.

Sigmo distinto presenta la emigración familiar; en el 32 por 100 de las familias que dejan el pueblo los cónyuges no han llegado a cumplir los treinta y cinco años, el 25 por 100 tiene menos de cuarenta y cinco y el 27 por 100 no alcanza los cincuenta y cinco. El 14 por 100 restante son matrimonios, casi todos retirados, que se unen a alguno de sus hijos o que compran un piso en la ciudad. Pero el 84 por 100 de este desplazamiento se debe, en mayor o menor grado, a la necesidad de buscar un medio de vida fuera porque en el pueblo no poseen tierras suficientes. A partir de 1966 la posibilidad de encontrar trabajo estable en las fábricas establecidas en torno al pueblo es considerable, lo que reflejan en parte las curvas del diagrama anterior.

Los datos que vienen a continuación muestran algunas facetas de la reciente modernización local, al comparar 1975 con 1960:

CONCEPTOS	1960	1975
Animales de tiro	96	6
Carros	126	7
Tractores	32	60
Cosechadoras	0	7
Coches		201
Camiones	68	11
Motocicletas		208
Televisores	0	Una en cada casa
Teléfonos	4	145 (más 28 peticiones pendientes)
Lavadoras	6	50 (automáticas)
Periódicos (recepción diaria)	62	82
Corresponsalías de Bancos	6	7
Casas con calefacción central	0	30
Casas con piscina	0	10

El desarrollo cultural, en tanto en cuanto puede medirse por el número de niños de ambos sexos o jóvenes cursando estudios fuera del pueblo, es realmente significativo. De la escasa docena de estudiantes en 1960 se ha pasado a 72 durante el curso académico 1974-1975. En la Universidad están matriculados 17; 33 cursan Bachiller en la ciudad y el resto se preparan en la próxima Universidad Laboral, o pretenden adquirir formación profesional (administrativos) o hacerse maestros, periodistas, etc.

Otros aspectos que describen la reciente modernización local son los siguientes: las calles han sido pavimentadas, el agua corriente ha entrado en todas las casas (lo que ha hecho posible la instalación de baños y el uso continuo de agua caliente), el antiguo fogón y la cocina económica han sido sustituidos por la cocina de gas y la interior decoración de las casas ha sido pulcramente renovada. El corral, donde criaban gallinas, cerdos y conejos está pasando a ser jardín. Más aún: las casas de nueva adificación y las totalmente reconstruidas suman 101. Los muebles obligados en ellas son sillones, tresillos y lo que comúnmente llaman «librerías», es decir, estanterías con anaqueles o entrepaños para colocar el aparato de televisión, libros, objetos de adorno, etc. Y no terminan aquí las innovaciones en torno a la casa: diez familias han comprado pisos en la cercana ciudad, en los que pasan temporadas o los finales de semana. Esta doble o rurbana residencia es fuente de prestigio.

Para terminar este catálogo de índices de incorporación al tren actualizante voy a señalar los siguientes: copian a los ciudadanos en sus diversiones y vacaciones viajando al extranjero o veraneando en la playa, en las tiendas del pueblo —con surtido de alimentación equiparable a las de la ciudad— pueden comprar ciertas mercancías por teléfono, pues operan con un servicio a domicilio, los bares del pueblo son similares a los de la ciudad, la programación de las fiestas patronales es mucho más densa y costosa en su vertiente profana, la iluminación nocturna de las vías públicas más potente y, por último, el Ayuntamiento ha proporcionado a los vecinos instalaciones deportivas.

Belmote está ciertamente situado junto a tierras fértiles, las de la ribera izquierda del valle medio del Ebro; sus campos hace más de mil años que se riegan y han proporcionado renta y nivel de vida superiores al nivel medio nacional, como indico en la monografía. El 25,48 por 100 de la superficie territorial aragonesa es tierra cultivada

y de esta superficie los regadíos alcanzan el 27,11 por 100. Ahora bien, lo notable es que ese 27,11 por 100 de parcelas en régimen de regadío proporciona, el 80 por 100 de la renta agrícola regional. La rentabilidad de la Ribera aragonesa es muy superior a la media nacional; Belmonte aprovecha y se beneficia de su situación.

En términos económico-agrícolas los cambios recientemente operados vienen expresados a continuación:

	1960	1970	Porcentajes
Producción de trigo "estrella"			
por Ha.	3.750 Kg.	5.000 Kg.	133,33
Precio de 1 Ha. de huerta	200.000 pts.	650.000 pts.	325
Salario de peón agrícola	75 pts.	500 pts.	666,66

A primera vista puede observarse que mientras el salario de un peón ha aumentado casi siete veces y el valor de la tierra tres, la producción de trigo por hectárea sólo se ha incrementado en 1,33. Esta desproporción es todavía mayor si miramos más cerca a la producción actual líquida de cuatro hectáreas de regadío y la comparamos con la renta obtenida en 1959. Entonces arrojaban una ganancia neta para el propietario de 57.000 pesetas; en el verano de 1975 dos hectáreas de trigo proporcionaron 57.000 pesetas líquidas en conjunto y aproximadamente. Ese mismo labrador tenía en la mayor parte de los casos una hectárea de alfalfa que le dejó 33.500 pesetas de beneficio neto, y otra de maíz que, en ese mismo año agrícola, le acarreó 17.000 pesetas de pérdida. El beneficio líquido total, por tanto, de las cuatro hectáreas, fue de 73.500 pesetas, es decir, obtuvo un incremento de 1,28 sobre 1959.

No todos los años, desde luego, ha provocado déficit el maizal. Pero supongamos que el agricultor tipo al que aquí me refiero hubiera cultivado dos hectáreas de trigo y dos de alfalfa; en este caso la ganancia líquida hubiera sido de 124.000 pesetas, que comparadas con las 57.000 de 1959, arrojan un aumento de 2,17 veces. Ahora bien, este lento y exiguo crecimiento en los beneficios de los productos agrícolas difícilmente puede dar razón de la afluencia que revelan los índices de consumo en las listas anteriores. Si a esto añadimos que frente al incremento de 2,17 veces de las rentas del labrador el coste de vida ha aumentado en los quince últimos años (aun partiendo de 1968 como base igual a 100, el coste de vida en 1974

sube a 176,3), la desproporción entre beneficios y gastos condena a balance negativo al agricultor. Su poder adquisitivo ha descendido notoria y peligrosamente en el último decenio. En estas condiciones las perspectivas futuras del labrador belmonteño se presentan problemáticas, oscuras. ¿Qué ha pasado mientras tanto en el pueblo? Veamos otras facetas del cambio que ha trastocado la condición de la comunidad.

II

La capital zaragozana se encuentra en el centro del cuadrilátero que determinan las diagonales de las cuatro regiones de mayor potencia industrial de España: Madrid y Vascongadas, Levante y Cataluña. En 1964 fue creado el Polo de Desarrollo y Promoción social de Zaragoza; uno de los tres Polígonos industriales que lo forman fue instalado en terrenos justo fuera pero lindando con los límites municipales de Belmonte. En 1970 funcionaban ya en los tres Polígonos 139 empresas; Zaragoza y su área de influencia concentra desde aproximadamente esa fecha el 60 por 100 de la población industrial o mano de obra de Aragón. Los vecinos de Belmonte se han encontrado pues, casi de repente, en el centro de un núcleo industrial que condensa el desarrollo económico de la región.

La industrialización se ha hecho sentir además dentro del perímetro municipal en el que se han instalado 25 pequeñas industrias en ninguna de las cuales participan vecinos del pueblo como propietarios o socios en el capital, pero sí como obreros asalariados. Las tierras sobre las que se levantan estos edificios industriales más aquellas que han sido expropiadas para la construcción de una pista de acceso a la ciudad, más las poseídas por belmonteños en el Polígono industrial suman 210 hectáreas aproximadamente; estas tierras son todas de monte, de calidad, sin duda alguna, inferior a las de la huerta, y esto aun teniendo en cuenta que 160 hectáreas de las desaparecidas eran regadío de monte. La venta o expropiación de esos terrenos de monte —de viñas y trigales en casi su totalidad— ha proporcionado unos 110 millones de pesetas a los numerosos vecinos afectados. La fértil huerta no ha sido afectada hasta ahora en estas transacciones o expropiaciones, lo que quiere decir que el potencial agrícola del pueblo no ha descendido en modo considerable.

Es sintomático, no obstante, del cambio de actitud frente a la tierra el hecho de que sólo cuatro cabezas de familia en toda la comu-

nidad han invertido una parte del dinero recibido en comprar nuevas tierras; entre los cuatro han adquirido seis hectáreas. Los millones han proporcionado bienes de consumo, algunos pisos, mejoras case-ras, etc., pero el mayor caudal ha afluído a sus libretas de ahorro y, en mucha menor escala, a la Bolsa. En todo caso, el dinero a plazo fijo produce más —y sin esfuerzo— que producía la tierra vendida. No vale la pena trabajarla.

El cambio operado es mucho más racional de lo que expresa esa nueva actitud vecinal. En la actualidad —finales de diciembre de 1975—, no hay ni un solo joven de veinte años en la localidad que trabaje en el campo. El cuadro que sigue no necesita comentario si tenemos en cuenta que en 1960 virtualmente todos los cabezas de familia e hijos varones de edad postescolar —exceptuados los que no eran hijos del pueblo— eran agricultores (*Belmonte*, o. c., páginas 64-65).

NUMERO DE LABRADORES, DICIEMBRE 1975				
	<i>Menos de</i>	<i>De 41 a</i>	<i>De 61 a</i>	<i>Más de</i>
	<i>40 años</i>	<i>60 años</i>	<i>70 años</i>	<i>71 años</i>
Trabajo propio y peón agrícola.		5		
Labrador que trabaja para otros				
con su maquinaria	12			
Labrador y ganadero		4		
Labrador sólo		32	11	5

El 76,12 por 100 de la totalidad de las casas del pueblo se dedican al trabajo en la industria como obreros no cualificados en prácticamente todos los casos; en esta cifra vienen incluidos los propietarios de tiendas y bares, 15 en total, ya que hoy su actividad principal es el comercio y no las labores agrícolas. Unicamente el 12,80 por 100 de miembros de la comunidad se dedican sólo a las faenas del campo y están en condiciones de hacerlo, es decir, no han llegado a los sesenta y un años. Un 5,53 por 100 que también tienen como exclusiva ocupación la agrícola tienen más de sesenta y un años, es decir, su actividad y eficacia vienen condicionadas negativamente por la edad. Por último, queda un pequeño contingente —un 5,53 por 100— de gente más joven, agricultores que pueden ser denominados o clasificados o bien como agroindustriales en el sentido de que además de cultivar directamente sus propias fincas emplean su maquinaria agrícola para, como asalariados, realizar las faenas en los campos de aquellos que los contratan, o bien, además de los quehace-

res propios del cultivo de sus tierras, crían ganado vacuno o lanar como complemento de aquellas o , al contrario, continúan atendiendo los campos pero su atención se concentra en el ganado.

Un accidente geográfico, el mero y simple hecho de la situación y emplazamiento de la comunidad ha ocasionado un cambio radical en el estilo de vida de la gente. Las cifras anteriores lo dicen gritando. Y la transformación ha sido rápida, sin titubeos ni vacilaciones. Esto quiere decir que la simbiosis de factores externos y procesos mentales ha sido no sólo armónica sino íntima y profunda. Voy a señalar brevemente parte de las presiones o incentivos para el cambio e indicar mínimamente la percepción de la situación por los actores.

No tengo duda de que el *primus movens* ha sido un factor externo, puramente ecológico, la localización geográfica. La proximidad al Polígono industrial no solo ha brindado centenares de posiciones de trabajo sino que ha contribuido también a la instalación de pequeñas fábricas en el pueblo. La proximidad a la capital aragonesa, la excelente comunicación y el precio económico de las tierras de secano sobre las que se levantan las fábricas locales son factores en los que los belmonteños —excepto el último— no han intervenido. Las decisiones han sido tomadas fuera.

Pero hay otros factores interno-externos que quiero subrayar por su carácter de presiones e incentivos para la innovación. Las presiones materiales objetivas no son difíciles de precisar sobre todo si tenemos en cuenta las condiciones de un buen número de empresas agrarias locales. En 1959 consideraban los belmonteños que un matrimonio con dos hijos en edad escolar necesitaba cultivar un mínimo de cuatro hectáreas de tierra para poder hacer frente a los gastos normales de la familia; con esa tierra en propiedad, y en un año normal, no se veía en la necesidad de pedir dinero prestado, pero tampoco podía ahorrar nada. El número de cabezas de familia que no llegaban a poseer ese mínimo de tierra era de 240. Hoy, me aseguran, esa misma familia, con dos niños, necesitaría como mínimo ocho hectáreas, todas en la huerta. Ahora bien, como la tierra de buena calidad difícilmente se vende, si entonces las condiciones de vida en el pueblo eran severas para 240 familias, hoy serían simplemente intolerables al necesitar doble número de hectáreas; y no sólo para ellos sino para otros 60 cabezas de familia más que no alcanzan ese límite mínimo de tierras. En otras palabras, la emigración o el cambio de profesión se ha hecho realidad forzosa para 300 familias

en el último decenio y las dos alternativas han estado en operación como he indicado en el gráfico primero.

La instalación de fábricas dentro y fuera del límite municipal ha proporcionado una alternativa triplemente aceptable y aceptada por los de Belmonte. Primero, no se han visto forzados a emigrar; consiguen la estabilidad financiera sin dejar sus casas. Segundo, no venden sus tierras sino que las cultivan en los finales de semana o días de fiesta, y tercero, dejan el campo atrás, profesión que conceptúan de ínfima categoría (*Belmonte*, o. c., pp. 17-18). Como resultado final, su posición económica ha mejorado sustancialmente. Un solo dato numérico puede dar una indicación: En 1959 un bracero en el pueblo (*Belmonte*, o. c., p. 127) obtenía de su trabajo en campos ajenos 20.400 pesetas, aproximadamente, en todo el año. Hoy obtiene 18.000 pesetas mensuales, de promedio, en la fábrica. Además puede trabajar horas extraordinarias.

La percepción de su situación como ínfima a nivel nacional, las connotaciones que ellos ven y atribuyen al espacio semántico de la frase con que se definen —«soy del campo»— (*Belmonte*, o. c., páginas 17-18), la falta de control en las decisiones de carácter agrícola que a ellos afectan, la nula significación a escala nacional, la exclusión hasta hace muy poco de la seguridad social, la práctica ignorancia de su morada y problemas por parte de los *mass media* que sólo parecen dirigidas a cierto sector ciudadano, etc., contribuyen a crear y favorecen las imágenes y procesos mentales de los belmonteños que, sin volver la vista al arado, sino con presteza y euforia han llamado a las puertas de las fábricas.

Hay que tener en cuenta, además, si queremos entender el cambio ocurrido, otro tipo de consideraciones. Belmonte ha entrado plenamente en la sociedad de consumo; en todas las casas hay radio, televisión y frigorífico y, si sigue la tendencia actual, virtualmente todas —excepto en las de ancianos, por razones obvias— habrá muy pronto coche y teléfono. El dinero para hacer frente a estos gastos no lo da la tierra, lo proporciona la fábrica con sus sobres periódicos y seguros. Los ojos están puestos en la ciudad y los modos y estilo de vida ciudadanos son los que tratan de copiar.

Factores externos e internos, condiciones materiales y estructurales, presiones e incentivos, actitudes y procesos mentales se han combinado y acumulado para acelerar el cambio de una comunidad que, en menos de una década, de eminentemente agrícola ha pasado a ser

fundamentalmente industrial si tenemos en cuenta el criterio de ocupación. No obstante, las tierras no han sido vendidas por los que trabajan en fábricas, las siguen cultivando aunque, a veces, en precario. Esta dualidad real —y mental— de casi todos los vecinos y la afluencia que proporciona está confiriendo a la comunidad un carácter distinto, un tono y halo de ambigüedad y difusión que, juntamente con otros impactos, voy a glosar ligeramente a continuación.

III

Es obvio que el trabajo en la fábrica requiere ciertos «standars» objetivos en su ejecución, sumisión a la existente jerarquía de autoridad —recuérdese que todos han entrado como obreros no cualificados, muchos de ellos con más de treinta años y no acostumbrados a recibir órdenes de jovenzanos expertos— y acoplamiento a las demandas de la producción mecánica. Aunque el cambio del campo a la fábrica ha sido brusco, no he oído comentarios negativos en cuanto a la organización racionalizada, técnica y monótona del trabajo y la necesaria sumisión a personas y rígidos horarios. A primera vista parece que se han incorporado sin traumas graves al funcionamiento de la fábrica.

Sin embargo, los concomitantes inherentes y consecuencias objetivas de las nuevas exigencias laborales se han manifestado desde el principio. Ninguno de los obreros ha vendido sus tierras, ni piensan hacerlo; los ingresos —aun decrecientes—, que proporcionan, redondean el salario industrial. Ahora bien, el cuidado y atención personal que pueden dedicarles es mínimo, especialmente en los cortos días invernales, a no ser, claro está, que en la rotación del trabajo en la fábrica les corresponda el horario nocturno. Los finales de semana y festivos vuelven a su recientemente preterida ocupación agrícola. Pero con actitud marcadamente modernizada. Las siguientes frases «standard» son bien expresivas: «A mi me gusta ir al campo pero con el coche [o la moto] y sin bajar; miro: ya verdea [el trigo], a casa». «Yo, lo que haga el tractor, y lo que no hagan el tractor y la cosechadora, allí se queda. Hay máquinas para casi todo».

Efectivamente, el trabajo físico en los campos está desapareciendo y positivamente se evita. Las faenas manuales que requieren las esquinas o rincones de las fincas y que puedan ejecutarse el sábado, quedan sin hacer si no penetran las máquinas. Ni *esbrozan* o des-

brozan los riegos según costumbre ni están dispuestos a pagar jornales por esa operación de limpieza. No riegan a tiempo y se nota en la menguada producción de sus campos. Tampoco entrecavan; no tratan con herbicidas el maíz ni lo esclarecen, etc.; y desde luego que nada siembran de hortaliza o para el consumo propio.

Estos son los comentarios, nostálgicos y tristes, de un labrador al que desagradan las sirenas de las fábricas y la indiferencia hacia los campos: «Dejan [los nuevos obreros] todo [las faenas agrícolas] para la tarde del sábado o para el domingo, pero vienen sin ganas, y tampoco lo hacen. Sólo plantan lo que hacen las máquinas. Como ya no dependen [económicamente] del campo han perdido el amor y el interés, porque no lo necesitan, y no quieren tener ningún sacrificio con el campo». Enjuiciamiento diáfano y pertinente que hace innecesaria la paráfrasis.

Esta económica independencia de la producción de las tierras acarrea consecuencias que se enfrentan a los intereses de los labradores. Concretamente, en el otoño de 1975, han vendido el maíz a un precio por kilogramo que ha oscilado entre seis y siete pesetas; a juicio de todos la transacción es ruinosa puesto que para obtener un 10 por 100 de beneficio empresarial se debería pagar a 12 pesetas kilogramo. Pero como parece, poca tierra y sólo parte de la misma había sido sembrada de maíz, la pérdida la consideran soportable si además del salario de la fábrica tienen en cuenta los gastos que acarrearía un local para guardar el maíz durante meses esperando el alza de precio, lo que desembolsarían para secarlo, etc. Además «quitándonos de encima el maíz podemos sembrar trigo en esos campos». Como resultado, el precio del maíz ha sido en Belmonte el más bajo de toda la comarca; el resentimiento de los agricultores flotaba denso en la atmósfera durante mi estancia en el pueblo para recoger estos datos (1).

Obreros y agricultores se enfrentan en una relación asimétrica recargada de latente hostilidad. Me refiero a los labradores que emplean su maquinaria (tractores, cosechadoras, empacadoras, etc.), para cultivar las tierras de los primeros. La estancia económica y de prestigio de estos agroindustriales en la escala jerárquica de la comunidad es superior a la de los obreros; sin embargo, en las relacio-

(1) A finales de enero de 1976, y cuando ya estaba escrito este ensayo, me llega la noticia —que además ha reproducido la prensa nacional— de que los labradores han llevado sus tractores a la autopista que pasa por el pueblo para impedir el tráfico. Su objetivo: conseguir un precio más elevado para el maíz.

nes de trabajo invierten la relación y pasan a ser asalariados precisamente de los obreros. Estos necesitan de la maquinaria de aquéllos para explotar sus campos; aquéllos, como también necesitan que su inversión en maquinaria sea rentable, se ven forzados a trabajar las tierras de los primeros.

Pero esta forzosa relación complementaria no es del todo armónica. Primero, la inversión de roles amo-peón no es del agrado de los agricultores; antes llevaban precisamente a esos obreros a trabajar como peones en sus campos. En segundo lugar, y hace unos años, el tractorista trabajaba para los campos de los otros cuando había terminado sus propias faenas, que realizaba en el momento considerado óptimo. Hoy, si quiere que sus máquinas no permanezcan ociosas tiene que trabajar sábados y domingos especialmente porque son los días durante los cuales los obreros pueden supervisar el trabajo que para ellos se realiza. Tercero: los obreros no sólo determinan los días laborables sino que exigen más y mejor trabajo y reclaman la máquina más moderna; se encuentran en esta plataforma de exigencia y mando porque abunda la maquinaria en el pueblo y pueden elegir; optan por la muy reciente o potente maquinaria porque ésta penetra más la tierra, termina mejor los rincones, etc., lo que, consecuentemente, les ahorra más o todo, trabajo manual.

La implicación de los dos sectores de la comunidad es obvia; se necesitan mutuamente. Ambos manipulan las pretensiones de los otros; sin los maquinistas, los obreros no podrían administrar sus tierras, y sin la industrialización del trabajo en esas tierras no sería posible tener máquinas. Aunque todos aprecian la conveniencia de la relación, los labradores se apresuran a resaltar otra asimetría que consideran negativa. La exponen así: «antes, cuando trabajábamos sin máquinas las tierras de los otros, una *junta* [yunta, dos mulas trabajando durante un día] equivalía a cuatro jornales de peón; dos juntas para arar de bravante un cahíz de tierra equivalía a ocho jornales. Hoy se labra todo eso por 1.000 pesetas, lo que equivale no a ocho jornales, sino a dos, pues el obrero gana 1.000 en dos días. Así salen muy favorecidos, ellos ganan y nosotros perdemos.»

En una comunidad en la que la estratificación ha sido realmente rígida (véase BELMONTE, o. c. caps. III-IV), la inversión jerárquica relacional es íntimamente experimentada y rechazada. «Resulta que ahora los labradores somos los criados de los obreros», me decían. Además, se dan cuenta de que la base de su superior posición, las tierras, deja de ser operante; antes eran «la solución de la familia;

hoy, no». «Antes, los mozos iban detrás de la tierra de los padres de la novia, pero hoy nadie piensa en eso». Uno de los firmes y sólidos supuestos fundamentales de su vida se ha quebrado.

La anterior alusión a la estratificación y la irritación por el trastrueque de posiciones pueden hacer pensar en notables diferencias en cuanto a la posesión de tierras, pero no es así. Sólo nueve cabezas de familia tienen más de 15 Has., y sólo 13 poseen entre 10 y 15 Has. (BELMONTE, o. c. p. 20). La tierra era el eje real, sentimental, valorativo y paradigmático en torno al cual se organizaba la vida, se medían el tiempo y el espacio (BELMONTE, o. c. pp. 33-38); eran definidas la morada y valía personal y giraba el código de conducta apropiada y moral de los vecinos (idem, cap. XIII). Los detalles que he narrado antes, el sarcasmo o nostalgia de las frases de los labradores, se refieren a signos o índices que perciben y que apuntan directamente a la desaparición de todo un complejo mundo peculiar, de una concepción o *Weltanschauung* de la existencia.

La fábrica, con la rigidez que impone en su horario, ha minado y derruido varios segmentos del sistema cultural. La asistencia a las fiestas locales y familiares, a bautizos, bodas y entierros ha constituido otras tantas ocasiones para cimentar y corroborar lazos de solidaridad local, de parentesco y amistad; hoy, la escasa concurrencia o diversiones, ceremonias y ritos de transición desluce esas celebraciones y atomiza las relaciones. Sólo en casos contados y de muy directa implicación solicitan permiso; las máquinas no se arrojan como las azadas.

Hace una decena de años y en días de invierno, frío o lluvia se veían corros de vecinos en las carpinterías, herrerías, o en las esquinas conversando; los bares se llenaban. Esa estampa popular pertenece ya al pasado. Todas las mañanas, temprano, en invierno o con calor, salen con sus coches o motos y van a sus puestos de trabajo en el polígono industrial. No sólo el pueblo, sino hasta los campos, quedan abandonados. «A las diez de la noche ya no hay nadie en el bar, y, como ellos se van [y son muchos] todos [nosotros, los labradores, que somos muy pocos], nos vamos. Los sábados por la noche está lleno el bar y se les ve gastar con alegría; manejan más dinero.»

El pueblo ha dejado de ser un centro de diversión dominguera o el lugar donde pasar en convivencia con los vecinos los ratos de ocio. Los componentes del Ayuntamiento convirtieron las antiguas escuelas en un espacioso y adecuado salón de baile, pero no ha atraído a la juven-

tud y lo han cerrado. De los dos cines que había, sólo uno abre los domingos; lo patrocinan unas pocas docenas de gente de edad. La juventud, desde las muchachas de dieciséis años, salen a la carretera los domingos y fiestas, nada más comer, y, en auto-stop o con los coches de los amigos, marchan todos a Zaragoza a pasar la tarde. Un informante me aseguró que en los cuatro últimos años no ha pasado ni un solo día de fiesta en el pueblo. Aunque a veces pasan la tarde en las discotecas de algunos pueblos cercanos, la capital provincial es el lugar preferido como centro de diversión. Estas idas y venidas de las hijas, sin directo control paterno, subrayan el profundo cambio de relaciones intrafamiliares ocurrido en los últimos años, pero como es un tema que exigiría todo un ensayo, lo dejo de lado.

No obstante, sí que quiero subrayar la radical diferencia valorativa entre ni siquiera permitir bañarse a las muchachas en 1960, y consentir hoy su salida y expansión en lugares alejados de la comunidad, con muchachos desconocidos. La juventud rechaza toda intromisión o tutela en esta esfera. El salón de baile del pueblo ha tenido que ser cerrado por falta de asistencia. La diversión local no les ofrece aliciente; les atrae la ciudad.

El coche lleva a la juventud a otros lugares de diversión, ciudadanos las más de las veces. Allí conocen, y muchas veces intiman, con chicas o muchachos de la capital o de otros pueblos. Bajo estas condiciones, la tradicional endogamia local difícilmente persistirá. En las Navidades de 1975 conté el número de jóvenes de ambos sexos que tienen novio o novia «formal». De un total de 50, en sólo cinco casos —el 10 por 100— son ambos del pueblo; en 22 relacionados —el 44 por 100—, el muchacho es de la comunidad, pero la novia, de fuera, y en 23 parejas —o el 46 por 100—, la novia es local o belmonteña y el novio, forastero. En otras palabras, en el 90 por 100 de los casos es de esperar que familias del pueblo tengan que relacionarse y emparentar con familias desconocidas y de fuera. Las hijas del pueblo se marchan y vienen otras, que carecen de raíces en la comunidad. La intensa red de parentesco en diverso grado, que antes ligaba en más de un sentido a sectores amplios de la localidad, va a dejar de perpetuarse o renovarse. Lo que a su vez implicará —implica ya—, o es exponente, de un mayor particularismo e independencia.

He observado cómo mujeres de edad preguntan al ver pasar a mujeres jóvenes por la calle: «¿ésa de quién es?», queriendo identificarla a través de sus padres o abuelos. Una de ellas, al explicarle que era forastera, casada con un nativo, comentó entre dientes: «esto

ya no es un pueblo». Efectivamente: el conocimiento y trato personal de antaño ha desaparecido. «Los parientes ya no son tan parientes como antes», aseguró otra, «no te enteras de lo que le pasa a la familia». Aludía a que hasta muy recientemente, si alguien estaba enfermo, los parientes femeninos se ofrecían todos y atendían, turnándose día y noche, al paciente. Como ahora llevan al enfermo grave a las clínicas u hospitales de la ciudad, esa reactivación y demostración de lazos se hace innecesaria en la práctica. Ciertas palabras antes clave y sus conceptos se están rodeando de ambigüedad y opacidad; la incertidumbre del significado testimonia la generación de algo nuevo.

Otra esfera de actividad que también comienza a desdibujarse es la ritual o religiosa. Aquellas formas externas que precisamente ponían en acción y realzaban la solidaridad comunal (procesiones por las calles del pueblo, asociaciones religiosas y cofradías, fiestas patronales, etc.) están desapareciendo. En las fiestas de los patronos el carácter profano es mucho más prominente que el religioso. Las solemnes y variadas procesiones no se celebran ya, y si el día de la Patrona —15 de agosto— no fuera festivo a nivel nacional, hubiera sido trasladada la celebración a otras fechas, anteriores o posteriores, pero más convenientes. A pesar de serlo, la comisión de fiestas adelanta o retrasa su comienzo para que concurren dos finales de semana; esta movilidad temporal permite a los obreros una mayor participación en las diversiones. Por la misma razón han tenido que trasladar la celebración campestre de la festividad de San Isidro a un domingo.

Las cifras siguientes comparativas —y aunque no he investigado específicamente este aspecto del cambio— parecen sugerir también la existencia de una tendencia a la secularización que, frecuentemente, acompaña a los procesos de modernización. Ha sido elegido como índice o criterio la asistencia a misa: A) el primer día del año 1976, festividad del nombre de Jesús, tradicionalmente celebrada en el pueblo, y que se compara con la correspondiente cifra del mismo día en 1961, y B) la de los domingos en la segunda mitad de enero, uno de 1960 y otro de 1976 (BELMONTE, o. c. p. 295).

	<i>Total</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Diferencia</i>
A) 1961	645	61,42	
1976	423	40,28	21,14 %
B) 1960	560	53,33	
1976	404	38,47	14,86 %

He presentado en escorzo unas pocas facetas de las transformaciones e innovaciones ocurridas unas en Belmonte y pretendidas otras por los belmonteños en los últimos quince años. Las variaciones topográficas y ecológicas, la instalación de un núcleo industrial lindando con el municipio y sobre campos que ellos cultivaban, la proliferación de pequeñas fábricas en la localidad y la forzosa expropiación de tierras son los factores básicos que han provocado el nacimiento y consolidación de otro modo ocupacional y de un afluente y ciudadano estilo de vida.

Estas han sido, no obstante, sólo las transformaciones iniciales en una cadena de innovaciones. La dilatación del espacio interactivo con la consiguiente extensión y multiplicación de relaciones interpersonales es congruente y ocasiona la debilitación de la jerarquía de posiciones y roles asimétricos familiares tradicionales y la contracción del significado del parentesco. El proceso de diferenciación interna, por otra parte, la colisión dialéctica entre distintos sectores y la disminución de formas rituales, conducen, imperceptiblemente, al principio, a la segregación y al aislamiento, a la vacuidad del contenido comunitario.

Pero las repercusiones de estos cambios iniciales son más profundas. Esos procesos de diferenciación interna local, la iniciada quiebra con aspectos substantivos del todavía muy próximo pasado y los contactos diacríticos entre los nuevos grupos de la población, fuerzan a una revisión y nueva toma de posiciones. Agrupaciones, actitudes, instituciones y valores muestran su energía y dinamicidad forzando viejos límites y cauces, adquiriendo nuevos significados y rechazando fronteras. El contenido y perímetro de los tradicionales y rígidos, sólidos y diáfanos mapas cognitivos se revelan hoy inoperantes frente a las variadas y simultáneas configuraciones de significado. Columnas tan básicas como la propiedad y la familia, los valores y rituales, la concepción de la identidad personal y de la comunidad no ofrecen ya un significado fijo, monovalente y terso; individuo y comunidad, instituciones y valores requieren urgentemente nuevas definiciones. La ambigüedad actual, propia quizá de una etapa reestructurante, desorienta y confunde.

Es sin duda el obrero el que se encuentra en una situación más fluida. La comunidad no le ofrece un marco de referencia para abordar su nueva problemática, ni siquiera tiene ya verdaderos problemas comunes ni tiene que enfrentarse con comunes dificultades. Sus conversaciones en el bar versan sobre temas y reflejan preocupaciones

ajenas a las del labrador; comienzan a hablar lenguajes diferentes. En la fábrica estrechan amistad con compañeros que no son del pueblo; se invitan mutuamente e intiman, a veces, fuera de la comunidad.

Y no sólo esto: menosprecian su reciente pasado agrario y se refieren despectivamente a lo que implica «ser del campo», «Trabajando en la fábrica llegas al final del mes, o de la semana, y el sobre». «Llega el sábado, al mediodía, y hasta el lunes, nada. Se deja la herramienta a la hora justa y ya no hay más preocupación. El campo es un atraso». La inseguridad del campo la han trocado por el salario fijo y el seguro de desempleo, por la gratuidad de médicos y consultas médicas, operaciones, ambulatorio y medicinas, a todo lo que antes, como labradores, no tenían acceso.

El acceso al bienestar económico ha redefinido a la juventud, siguiendo ahora líneas genealógicas y no como antes, pecuniarias. Las barreras que impedían el acercamiento a ciertas muchachas han desaparecido; desde esta perspectiva, la juventud parece más unida, menos diferenciada por estratificación y cuadrillas (BELMONTE, o. c. pp. 172-5) que antes. Todos se acercan y tratan con todas; por ejemplo, en los bares, los jóvenes no consideran ninguna mesa ocupada por mozas de imposible acceso, como sucedía hasta muy recientemente.

Esta igualdad económica ha incitado, a su vez, a miembros de grupos antes superiores en la escala jerárquica local a establecer nuevas demarcaciones sutiles y a redefinirse en su nueva situación. Ante las crecientes demandas de la sociedad de consumo han necesitado más dinero para mantenerse diferentes y preservar distancias. Para conseguirlo han formulado prácticamente una nueva ética respecto al trabajo. Los estudiantes, indico en la monografía (pp. 92-3), no trabajaban durante el verano, ni siquiera en los momentos más activos de las campañas agrícolas; hoy, todos trabajan durante el verano. Da vergüenza el no trabajar. Por las noches, y en sus propias casas, un buen número de familias acomodadas trabajan en operaciones manuales y fáciles, que requieren algunos elementos o piezas que producen o necesitan en algunas fábricas. Lo que a la vez que testifica incertidumbre y ambivalencias arranca despectivos comentarios por parte de los obreros. No basta la tierra para definir e identificar.

En su empeño distanciador tratan de sobresalir y distinguirse de los obreros por la decoración interna de la casa, por sus muebles, cuarto de baño y uso de agua caliente. Hablan de la toxicidad de algunos empleos o puestos en las fábricas y pretenden volver a sus raíces afirmándose en la tierra. Ahora bien, se trata de una autoafirmación

defensiva, de un esfuerzo por conservar formas integrales de un modo de vida tradicional, que irremediablemente desaparece. En ese esfuerzo se enfrentan, sin recriminación ni carga personal, con los obreros, abanderados o representantes de ese otro modo de vida que con tanta prisa han adoptado. Estilo de vida que subvierte los presupuestos básicos que orientaban la organización de la comunidad.

Los obreros, por su parte, consideran que el trabajo en la fábrica les presta categoría; contraponen el trabajo en el campo o en la construcción, donde pueden ganar más, y prefieren la fábrica. Es todavía temprano para poder encontrar enjuiciamientos negativos con respecto a la empresa; sólo tengo noticia de un obrero de cuarenta y seis años, que comentaba: «yo he entrado en la fábrica, pero la fábrica no ha entrado en mí». Mientras tanto, el salario periódico y las pagas extraordinarias, el trabajador «bajo techo» y sólo ocho horas, las vacaciones, «el derecho a chillar» en la fábrica, la estabilidad laboral, la Seguridad Social y, sobre todo, la elevación considerable del «standard» de vida, que a todos, labradores incluidos, afecta, relegan a segundo plano la ambigüedad, confusión y ambivalencia propias de toda etapa de cambio; en conjunto, todos han participado de las bendiciones y beneficios del becerro de oro de la modernidad; le rinden pleitesía.

RESUMEN

En este trabajo el autor analiza los cambios ocurridos en una pequeña comunidad aragonesa del valle medio del Ebro desde que se realizó la investigación antropológica del campo entre 1958-1960.

Debido a circunstancias especiales, la comunidad ha dejado de ser agrícola, transformándose en industrial; la modernización resultante ha sido muy considerable, sobrepasando notablemente el grado de modernización que podemos detectar en conjunto en las comunidades rurales españolas. El modo de vida es similar al de la ciudad.

Pero también, y como resultado, han aparecido ambigüedades y dilemas. Los pilares básicos de la pequeña sociedad, tales como la propiedad y la familia, algunos valores y rituales, los conceptos de identidad personal y de comunidad no presentan ya un significado concreto y homogéneo. El individuo y la comunidad, instituciones y valores, requieren ser definidos de nuevo. Como resultado y al mismo tiempo que se rinde culto al becerro de oro de la modernización la ambigüedad existente causa confusión e incertidumbre.

RÉSUMÉ

L'auteur analyse dans ce travail les changements qui se sont produits dans une petite communauté aragonaise de la vallée moyenne de l'Ebre depuis qu'on a fait des recherches anthropologiques sur la campagne en 1958 et 1960.

En raison de circonstances particulières, cette communauté a cessé d'être agricole pour se transformer en communauté industrielle; la modernisation qui en est résultée a été considérable et a dépassé notablement le degré de modernisation que nous pouvons détecter dans l'ensemble dans les communautés rurales espagnoles. Son mode de vie est semblable à celui de la ville.

Mais aussi et c'est la conséquence de cette évolution, des ambiguïtés et des dilemmes ont fait leur apparition. Les piliers de base de la petite société tels que la propriété et la famille, certaines valeurs et certains rites, les concepts d'identité personnelle et de communauté ne présentent plus une signification concrète et homogène. L'individu et la communauté, les institutions et les valeurs demandent à être définis de nouveau. Comme résultat et en même temps qu'on rend un culte au veau d'or de la modernisation, l'ambiguïté existante cause de la confusion et de l'incertitude.

SUMMARY

In this essay I analyse the changes which have taken place in a small Aragonese community in the north east of Spain since I carried out fieldwork there during 1959 and 1960.

Due to special circumstances the group has been transformed from an agricultural to an industrial community, and its resulting modernization has been striking, far surpassing the degree of modernization to be found in most Spanish rural communities. The way of life has become that of the city.

As a result ambiguities and dilemmas have arisen. The basic pillars of society such as property, family values and rituals, concepts of personal identity and of the community no longer hold a single set meaning; Both individual and the community, institutions and values require to be defined anew. So while homage is duly paid to the Golden Calf of Modernization the existing ambiguity causes confusion and uncertainty.